

Creatividad en el lenguaje

Paul Ricoeur
Mariluz Restrepo de Guzmán, trad.

*Mariluz Restrepo de Guzmán, Directora del Departamento de Comunicación de la Facultad de Comunicación Social ha preparado esta traducción del artículo del filósofo francés Paul Ricoeur "Creativity in Language" (Publicado en **Philosophy Today** 17, 1973, Nº 2-4, Summer, pg. 97-111).*

*El profesor Ricoeur es uno de los más brillantes exponentes de la Hermenéutica. Es conocedor profundo de Husserl, Jaspers, Marcel, Freud, Nabert y Marx, entre otros. Influida por la fenomenología y el psicoanálisis, su amplísima producción (desde 1935) incluye múltiples trabajos sobre narrativa, lenguaje, voluntad, política y ética. Entre sus obras cabe destacar tres volúmenes sobre **Tiempo y relato**, **La metáfora viva**, **Lo voluntario y lo involuntario**, **Finitud y culpabilidad**, **Freud, una interpretación de la cultura**.*

Este artículo versa sobre los aspectos creativos de lenguaje. Sin embargo, debemos evitar caer en trivialidades sobre este formidable tema. Como sugerencia y guía, recordemos la famosa aporía de W. Von Humbolt que describe al lenguaje como el uso infinito de medios finitos. Buscando una ilustración de tal contraste la he encontrado en recientes interpretaciones de la metáfora que se

separan de la manera tradicional de entenderla desde la retórica y muestran que la metáfora no es un adorno del lenguaje ni es decoración estilística, sino una innovación semántica, una "emergencia" de significado. Para introducir este tema es fructífero presentarlo como una estrategia alternativa del discurso, distinta de y opuesta a otras estrategias, particularmente a las del lenguaje ordinario y del lenguaje científico.

Estas estrategias me parecen como distintas respuestas a la perplejidad y al reto propuestos por el fenómeno crucial de los lenguajes naturales que llamamos polisemia. Por *polisemia* quiero significar la formidable característica de las palabras en los lenguajes naturales de poder significar más de una cosa. Desde allí quise averiguar la potencialidad creativa ya contenida en este fenómeno nuclear y conectarla con el foco de toda creatividad en el lenguaje: la frase

De ahí la "estrategia" de este ensayo sobre la estrategia del lenguaje. Primero debemos hablar de la frase como portadora de toda creatividad en el lenguaje. Después debemos considerar la polisemia como el potencial creativo contenido en la palabra. Tercero, debemos considerar el rango de estrategias alternativas abierto por la polisemia y finalmente, como objetivo central, describiremos la metáfora como el principal procedimiento de la tercera clase de estrategia considerada en este trabajo, la del discurso poético. Mi propósito será mostrar que esta estrategia es la que mejor preserva el potencial creativo de las palabras de nuestro lenguaje.

La frase como uso infinito de medios finitos

Mi primera tarea consiste en relacionar las estructuras fundamentales del lenguaje a la oposición humboldtiana entre medios finitos y usos infinitos. Como yo sugerí en mis comentarios introductorios, no es la palabra, sino la frase la que debe considerarse como foco de creatividad! No es que quiera identificar *uso infinito* con la frase y *medios finitos* con las palabras. La relación es más compleja ya que, como veremos, la palabra referida a la frase es en sí la depositaria de la creatividad del lenguaje. Por lo tanto la primera oposición no es entre frases y palabras, sino entre frases y aquellas otras entidades que son más fundamentales que las palabras: los signos.

Uso aquí la terminología de Benveniste en "Ensayos de Lingüística General". Según Benveniste el lenguaje "confía" no en uno, sino en dos tipos de entidades: las entidades semióticas, esto es, los *signos*, y las entidades semánticas, las portadoras de significación. Yo quiero explicar esta distinción y relacionarla con la distinción humboldtiana entre medios finitos y uso infinito.

Las entidades semióticas o signos son simples unidades distintas y opositivas al interior de sistemas específicos: fonemas en códigos fonológicos, morfemas o sememas en códigos lexicales, reglas sintácticas en sistemas sintéticos. Al decir que son simples unidades distintas y opositivas queremos significar que se

definen por sus diferencias con respecto a otras unidades del mismo sistema. De ahí se desprende que estas entidades no se relacionan con realidades extralingüísticas como cosas, eventos, propiedades, relaciones acciones, pasiones... o circunstancias. Son fenómenos puramente intra lingüísticos. Esta característica es verdadera inclusive en las diferencias más primitivas que se encuentran al interior de los mismos signos lingüísticos y que las distingue de otros sistemas semióticos. Quiero decir la diferencia que Saussure introduce entre significado y significante, que Hjelmslev reformula como la diferencia entre la expresión y su contenido. Esta diferencia tomada de la tradición estoica es una diferencia al interior del signo y no una relación externa entre el signo y la cosa. Significante-significado —o en términos psicológicos, imágenes acústicas y conceptos— representan dos lados del mismo signo, como dos lados de una misma moneda. Como en la moneda, el signo es la unidad de ambos.

¿Esta descripción, cómo satisface la aporía de Humboldt? ¿En qué sentido se puede decir que las entidades semióticas son finitas? De suyo se sigue de la naturaleza inmanente de todas las relaciones entre signos y al interior de ellos que los sistemas semióticos son sistemas cerrados y por ello constituyen conjuntos finitos de entidades. Aún más, entre todos los sistemas semióticos los sistemas lingüísticos tienen la peculiaridad de ser doblemente cerrados, y doblemente finitos. De una parte, el análisis del significante o de la expresión nos da un número finito de elementos distintivos: fonemas, unas pocas docenas en cada lengua. De otra parte, el significado o el contenido puede someterse a un análisis similar que, al menos en principio, debe guiar a estos símbolos que pueden constituir los constituyentes elementales de todos los sistemas lexicales. En conjunción con reglas combinatorias específicas estos constituyentes elementales deben proveer una base para un análisis completo de todos los códigos lexicales. Si esta hipótesis funciona, debemos asumir que los sistemas lexicales también son finitos. Como le atañe a los sistemas sintácticos, es obvio que el paradigma de tiempos verbales constituye listas finitas de formas e implica una enumeración finita de reglas.

¿Ahora, en qué sentido podemos hablar de uso infinito de éstos conjuntos finitos? La primera entidad que debe considerarse es la frase, no la palabra. Nuestra tarea será descubrir las características de la frase que contribuyen al proceso creativo del lenguaje que llamamos *discurso*. El primer rasgo que se conoce es el carácter *tempora* de estas nuevas entidades. El lenguaje como frase y como discurso aparece y desaparece, ocurre. En tanto que los sistemas de signos son simplemente virtuales, el lenguaje como discurso es actual.

Como segundo rasgo podemos reconocer la admirable capacidad de una instancia del discurso de referirse a su propio hablante gracias a procedimientos tales como pronombres personales, tiempos verbales, demostrativos. etc. En tanto que los sistemas de signos son propiamente anónimos, el discurso requiere de un hablante que se exprese en él.

De la misma manera, la instancia del discurso se refiere al oyente a quien se dirige en segunda persona. La estructura yo-tu del discurso pertenece al orden semántico y no tiene lugar en los sistemas semióticos.

Finalmente la frase como totalidad es portadora de *significado*. Aquí queremos designar algo diferente de y algo más que lo significado por los signos individuales. Es una característica distintiva que se puede identificar como función predicativa. La frase puede reducirse a su predicado. Entonces tenemos frases de una palabra como en el imperativo, pero sigue siendo una frase aunque también sea predicado) La constitución predicativa de la frase la provee de significado. Este significado debe llamarse lo intentado (contenido intencional más que el significado) si queremos preservar la distinción entre el orden semiótico y el semántico. Esta intención es lo que tratamos de traducir cuando pasamos un discurso de un idioma a otro. Lo significado es intraducible en principio. No puede traspasarse de un sistema a otro, puesto que caracteriza un sistema en oposición al otro. El contenido intencional, por el contrario, es fundamentalmente traducible puesto que es la misma unidad intencionada de pensamiento traspasado de un sistema semiótico a otro. Digamos, entonces, que lo intencionado es el elemento semántico del discurso. Como veremos más adelante, la intención del discurso es el foco de todo proceso creativo en el lenguaje. Pero antes de considerar el aspecto de creatividad y de número infinito que pertenecen al elemento semántico como tal, consideremos una última característica semántica de la frase.

El contenido intencional puede considerarse desde dos puntos de vista. Es algo inmanente al interior de la frase, que resulta de la mera conexión entre los términos en la operación predicativa de la frase y al mismo tiempo es una exigencia para expresar la realidad. A esta exigencia se le une la posibilidad de verdad y de error en el discurso. Llamemos *sentido* al carácter inmanente del significado, y a su exigencia de verdad, llamémosla *referencia*. Entonces, podemos decir que donde hay significado hay también una cuestión de referencia; esto es, una exigencia que puede llevarse a cabo o puede mantenerse nula o inexistente. Como puede verse estoy usando de manera muy libre la expresión acuñada por Gottlob Frege. Este pensador llamaba (*sinn*) sentido al contenido ideal, al lado objetivo del significado, a lo intencionado como tal; y llamaba (*tung*) referencia o denotación a la dirección del discurso hacia la realidad que bien podía alcanzarse, o perderse. Con esta consideración sobre la referencia, la oposición entre semiótica y semántica se completa. Mientras que las unidades semióticas son sistemas de dependencia interna, y por tal razón constituyen conjuntos cerrados y finitos, la frase como la primera unidad semántica se relaciona con la realidad extra-lingüística. Esta abierta al mundo.

¿Ahora, en qué sentido son infinitas las unidades semánticas? El discurso es infinito porque las frases son acontecimientos, porque tienen un hablante y un oyente, porque tienen significación y porque tienen referencia. Cada uno de

estos rasgos tiene un carácter infinito. Con el acontecimiento viene la apertura de lo temporal; con el hablante y oyente, la profundidad de los campos individuales de experiencia; con el significado, lo ilimitado de lo pensable y con la referencia, la inexhaustibilidad del mundo mismo. En todos, el lenguaje como discurso aparece como un proceso abierto de mediación entre la mente y el mundo. Volviendo a Humboldt, el discurso es el proceso creativo de dar forma tanto a la mente humana como al mundo, de formar (*Bildung*) al hombre y a la realidad al mismo tiempo. Este proceso es infinito en el sentido en que las fronteras entre lo expresado y lo inexpressado reinciden en forma interminable. El discurso es este poder de extender indefinidamente el frente de batalla entre lo expresado a expensas de lo no expresado.

Palabra y polisemia

Podemos ahora relacionar la función de la palabra a la del discurso y así introducir la polisemia.

La implicación principal del análisis precedente radica en que las palabras tienen significación solamente en tanto que las frases la tienen. Otra vez estoy hablando de significación en el sentido semántico, como un contenido intencional y como exigencia de referirse a algo por fuera del lenguaje. En este sentido *las palabras no significan por fuera de la frase.*

Su contenido intencional es parte del contenido total intencional de la frase y ellas designan algo en tanto que las frases mismas se refieren a tales situaciones. En resumen, las palabras funcionan como entidades significativas solamente al interior de la estructura de la frase. Que tengan significado parcial solamente en conexión con el significado total de la frase puede demostrarse fácilmente al mostrar que las palabras no tienen significación antes de ser usadas como sujetos lógicos de una proposición o como predicados, esto es, antes de servir para identificar individuos, o aseverar características universales sobre esos individuos. En este sentido, las palabras pertenecen a la lingüística de la frase, no a la lingüística de los signos. Son entidades semánticas, no entidades semióticas.

Por supuesto, las palabras se basan en entidades lexicales que son sin duda "cosas" semióticas. Pero una entidad lexical no es aún una palabra. Esta es la razón por la cual una entidad lexical se define meramente por su oposición a otras entidades lexicales dentro del mismo sistema. No tiene nada que ver con la realidad. Este no es el caso de la palabra en la frase. Esta conlleva una parte del significado de la frase y comparte la función referencial de todo el discurso. Este se refiere a cosas, apunta a cosas, representa cosas. Cuando *Sprache Spricht* entonces las palabras en sí mismas cooperan en formar la realidad.

Ya estamos preparados para considerar nuestro segundo tema, la polisemia de las palabras. Como dije en la introducción, relaciono este tópico general de

este ensayo de la siguiente manera: Si la metáfora es una de las estrategias del discurso que aprovecha la creatividad del lenguaje, entonces podemos preguntarnos sobre el tipo de reto que esta estrategia reclama para realizarse. Esta pregunta me lleva a detenerme en la polisemia como fenómeno crucial de los lenguajes naturales y a preguntar sobre el lugar de la palabra misma en el tejido del lenguaje. Habiendo realizado el análisis requerido sobre la palabra, ahora podemos considerar la polisemia.

La polisemia se define como la propiedad de las palabras en el lenguaje natural de tener más de un significado. Como S. Ullman lo dice en "*Principios de semántica*" polisemia significa un nombre con varios sentidos. Este rasgo es una característica universal de los lenguajes naturales. Antes de considerar el reto que resulta de esta condición constitutiva, describamos ahora su carácter funcional. Primero que cualquier otra ventaja posible, un lenguaje polisémico satisface los más elementales requisitos de un lenguaje natural, quiero decir economía. El léxico que se base en el principio opositivo de total univocidad de todos sus elementos, esto es, en el principio de solo un sentido para un nombre, sería infinito si estuviese destinado a llevar de una persona a otra la riqueza de la experiencia concreta y cualitativa. Sería, inclusive, doblemente infinito debido a la variedad ilimitada de cada esfera individual de experiencia, y debido a la innumerable pluralidad de las perspectivas individuales sobre el mundo.

Este primer rasgo funcional tiene en su contraparte un segundo rasgo que llamaremos la *sensibilidad del contexto*. Gracias al uso contextual, el lenguaje basado en la polisemia puede generar prácticamente innumerables significados desde un conjunto finito de entidades lexicales codificadas por el diccionario.

Veremos en su momento cómo el lenguaje ordinario hace uso apropiado de este procedimiento para sus fines. Diremos en términos generales que el lenguaje polisémico se caracteriza por su sensibilidad al contexto. Por contexto queremos decir no sólo el "ambiente" lingüístico de las palabras mismas sino el comportamiento del hablante y el oyente, la situación común a ambas y, finalmente, el horizonte de realidad que rodea a la situación de enunciación. Aun más, el contexto está implicado en la misma definición de las palabras.

Cada uno de los valores parciales enumerados por el diccionario representa un uso potencial dentro de un contexto típico que ha sido identificado y clasificado por la lexicología. La suma de los usos potenciales en contextos potenciales es lo que impropriamente llamamos el significado de la palabra. Es un sentido inapropiado porque las entidades lexicales aún no son palabras en el sentido propio. Pero esta manera de decir no es totalmente inapropiada puesto que el significado parcial de las palabras resume usos previos que se han clasificado de acuerdo con los contextos correspondientes. En este sentido, un lenguaje polisémico está determinado contextualmente no solo en su uso, sino en su misma constitución.

Tales son los rasgos funcionales de un lenguaje polisémico, economía en el nivel del código y dependencia contextual en el nivel del mensaje. Esta dialéctica entre economía y novedad deja entrever la dialéctica entre formas finitas y uso infinito que se desplegará cuando consideremos las varias estrategias con que usaremos estas características polisémicas. Esta dialéctica toma lugar en el proceso concreto por el cual decodificamos un mensaje dado y que podemos llamar interpretación en el sentido amplio de la palabra.

El mensaje más simple emanado por el lenguaje natural debe ser interpretado porque todas las palabras son polisémicas y forman su significado actual de la conexión de un contexto dado y una audiencia dada sobre el fondo de una situación dada.

Interpretación en este sentido es un proceso por el cual usamos todas las determinantes contextuales posibles para captar el significado actual, de un mensaje dado en una situación dada.

En ese sentido amplio, o tal vez aun más amplio, Aristóteles usó la palabra *hermeneia*, esto es interpretación, en el segundo tratado del *Organon*. Su sentido podría haber sido aun más amplio que el nuestro porque parece que el lenguaje debe ser interpretado no sólo porque las palabras son símbolos de estados mentales y signos escritos de signos orales, sino porque el discurso es finalmente interpretación de la realidad. Volveremos a este amplísimo sentido de interpretación al final del artículo. Llamemos, entonces, interpretación a la decodificación de mensajes basado en palabras polisémicas. Es la interpretación la que requiere las varias estrategias que a continuación consideramos.

¿Por qué esta diversidad de estrategias? Por el reto que está implicado en todo proceso de interpretación. Este reto es la amenaza de la ambigüedad o del equívoco que es la permanente contraparte de la polisemia, por decirlo así, el precio que se paga por un lenguaje polisémico. Seamos precisos, ambigüedad o equivocidad *no* son lo mismo que polisemia. Polisemia es una característica de las palabras, varios sentidos para un nombre. La ambigüedad es una característica del discurso, esto es, del ámbito del acto del habla, mayor o igual a la frase; ambigüedad o equivocidad significan que para una cadena de palabras puede haber más de una interpretación. Mientras que la polisemia es un fenómeno normal; la ambigüedad puede ser patológica. Dije, "puede ser" porque como lo veremos, debemos preservar la posibilidad de ambigüedades altamente significativas, la posibilidad de una ambigüedad funcional. Este será el caso del lenguaje poético. La ambigüedad se mantiene como un caso disfuncional cada vez que la situación del discurso requiere sólo una interpretación por razones propias de cada tipo de estrategia.

Cada vez que el ámbito del acto de habla no ofrece suficientes claves para eliminar el equívoco en la interpretación, no se puede evitar el malentendido.

Como dijo Schleiermacher, existe una tarea hermenéutica allí donde hay malentendidos; la comprensión resulta por la rectificación de malentendidos.

Anteriormente empleé ambigüedad, equivocidad, malentendido como sinónimos. Para distinguirlos, llamaremos *ambigüedad* al carácter del discurso mismo como abierto a varias interpretaciones; llamaremos *equivocidad* al proceso conflictivo entre estas interpretaciones, y *malentendido* al efecto de ambigüedad y equivocidad en el proceso intersubjetivo de la comunicación.

Tal es el balance de ventajas y desventajas de un lenguaje polisémico. Por una parte satisface el principio de economía que es el principio básico para toda clase de lenguajes y, al mismo tiempo, permite al juego contextual obtener una variedad infinita de efectos significativos de esta economía de estructura. Por otra parte, entrega el lenguaje a la precaria tarea de interpretación y por ello a los riesgos de la ambigüedad, la equivocidad y el malentendido.

La polisemia y las estrategias del lenguaje

Nos corresponde ahora introducir las varias estrategias capaces de enfrentar los retos de los malentendidos. Consideraré tres de ellos: lenguaje ordinario, lenguaje científico y lenguaje poético, sin pretender que estas sean las únicas soluciones.

Por lenguaje ordinario quiero decir el uso de lenguajes naturales (inglés, francés, español, etc.) cuyo propósito es la comunicación y cuyos medios son una táctica de reducción polisémica. Por comunicación quiero decir el intento de entregar información de un hablante a un oyente concerniente a situaciones concretas de la vida cotidiana que son experimentadas en forma diferente por los miembros de una comunidad lingüística. Una cierta cantidad de univocidad se obtiene a través de medios específicos que requieren una mínima técnica en el uso de las palabras, lo que yo llamo reducción de la polisemia. Esta táctica se basa principalmente en el uso ingenioso del efecto del contexto sobre los términos individuales del discurso. Esta acción reductiva de contextos es fácil de entender: El uso del lenguaje no solo está gobernado por las reglas sintácticas de la gramática sino también por las reglas semánticas de composición de sentido. Para hacer sentido las palabras deben tener una pertinencia semántica. Esta regla de pertinencia semántica requiere que cuando hablamos, sólo se use una parte del campo semántico de la palabra. El resto (remanente) se excluye o mejor se suprime por el proceso de selección mutua ejercido por la frase como totalidad y por el contexto del discurso en sus partes. Si la frase no es suficiente para cernir los valores contextuales convenientes, el tema ayuda a eliminar el sentido no querido, bajo el control de toda la situación discursiva. Finalmente, la función del intercambio de preguntas y respuestas en el diálogo y la conversación permite al oyente revisar la elección semántica del hablante y permite al hablante verificar que el mensaje haya sido correctamente decodificado por el

oyente. La competencia del hablante debe proveer a la interpretación del oyente con algunas claves o guías para filtrar la polisemia. El lenguaje ordinario obtiene éxito, hasta cierto punto, reduciendo la polisemia inicial de las palabras y haciendo proposiciones relativamente unívocas con palabras polisémicas. Pero si esa estrategia es suficiente en la vida cotidiana, no excluye radicalmente la polisemia. No puede hacer más que reducirla. La amenaza del malentendido —como bien lo sabemos— no se elimina totalmente. Frecuentemente un discurso largo, sino un libro, no es suficiente para alcanzar el entendimiento y el acuerdo. El malentendido finalmente prevalece.

Este proceso del lenguaje ordinario frente al reto del malentendido explica porque se necesita una estrategia totalmente diferente, una estrategia que no solo apunte a reducir la polisemia sino a erradicarla. Esta estrategia es el lenguaje científico. En el análisis siguiente no hablo del lenguaje científico en general, sino desde el punto de vista de la terapia del malentendido y por lo tanto en conexión con el tratamiento de la ambigüedad.

Como primer paso, el lenguaje científico lleva un paso más allá del procedimiento enraizado en el lenguaje ordinario: el de la definición. Como es bien sabido, el lenguaje está constituido de tal forma que siempre es posible designar un elemento de nuestro código lexical por medio de otros elementos pertenecientes al mismo código. Es posible, en principio, decir que "un soltero es un hombre no casado". Gracias a esta acción reflexiva del lenguaje, expandemos nuestro vocabulario y controlamos el significado de nuestras palabras. El lenguaje científico lleva más lejos este procedimiento definitorio al refinarlo con la ayuda de mecanismos clasificatorios y combinatorios.

El segundo paso es introducir términos técnicos en nuestro vocabulario que satisfacen una regla específica, la de denotar únicamente entidades cuantitativas, excluyendo los aspectos cualitativos de nuestra experiencia. Algunas palabras previas tomadas del lenguaje ordinario como "corriente", "masa", "velocidad" pueden retenerse, pero son reformuladas de acuerdo con los requisitos de la *mathesis universalis*.

En un estado más de abstracción, palabras similares a las de nuestros diccionarios son reemplazadas por símbolos matemáticos, esto es, por signos que pueden ser leídos, pero no totalmente expresados. El nexo con el lenguaje natural se rompe. El lenguaje científico está, por lo tanto, más allá de la frontera que separa lenguaje artificial de lenguaje natural.

Finalmente en un estado correspondiente a un grado avanzado de formalización, el significado de todas las fórmulas y de todas las leyes de un sistema formal se gobierna por unos axiomas que asignan a cada significado elemental su sitio en la teoría y prescribe las reglas para leer todo el simbolismo. Por supuesto que aquí hay espacio para interpretación en el sentido en que un

sistema formal tiene aún que aplicarse a una diversidad de dominios empíricos de la experiencia, pero esta interpretación es en sí misma gobernada por nuevas reglas de traducción que excluyen toda ambigüedad. Estas reglas de traducción y de prescripción que implican, toman el lugar de la interpretación contextual en el discurso ordinario. Por lo tanto, la constitución de sistemas formales y las reglas para interpretarlas en relación a cuerpos empíricos constituye el procedimiento último del lenguaje científico contra la ambigüedad.

En este punto estamos tentados a reformular todo el tejido de nuestro lenguaje de acuerdo con los procedimientos antes definidos. ¿No es acaso razonable, construir *langues bien fait* regidas por el principio de una relación de uno a uno entre signos y entidades, de un significado para cada palabra y extender este lenguaje artificial a problemas éticos y políticos y, por qué no, a la conversación? Este sueño de una reformulación radical y completa de todo nuestro lenguaje ha sido seguido por filósofos como Leibniz, al concebir su *characteristica universalis*, Russell con el *principia mathematica* y Wittgenstein en su *Tractatus* en el que establece las reglas de un lenguaje que fuese un retrato exacto de la estructura de los hechos.

Pero existen razones fundamentales para pensar que tal proyecto fracasa. Lenguaje ordinario y lenguaje artificial no sólo pertenecen a dos estrategias irreductibles, sino que tienen objetos diferentes. El tema del lenguaje ordinario es la comunicación y su campo de aplicación es la realidad como es experimentada de diferentes maneras por los miembros individuales de una comunidad lingüística. Cuando leemos un artículo científico, no estamos en la posición de un miembro individual de una comunidad lingüística. Todos los lectores son en un sentido una y la misma mente y el propósito de discurso no es construir un puente entre dos esferas de experiencia, sino asegurar la identidad de significado desde el principio hasta el fin del argumento. Esta es la razón por la que no hay variaciones contextuales de significado en uno *langue bien fait*. El significado, es contextualmente neutro, o si lo prefiere, insensible al contexto porque el objetivo principal de este lenguaje es que el significado se mantenga siempre el mismo a través de los argumentos. Esta continua identidad de sentido se obtiene por la relación uno a uno entre nombre y sentido y por la indiferencia al contexto. Por ello debo decir que el propósito de un lenguaje científico no es la comunicación sino la argumentación. De aquí se desprende que hay algo irreductible en el lenguaje ordinario. La variabilidad de significados, su intercambiabilidad y su sensibilidad al contexto son la condición para la creatividad y confieren posibilidades de invención indefinida en ambas: las actividades prácticas y científicas. Aquí la indeterminación y la creatividad aparecen como completamente solidarias. Es por ello que las *langues bien faites* son los mejores lenguajes insulares. La conclusión puede ser, como lo expresa Roman Jakobson, que se requiere tanto lenguaje matemático como lenguaje ordinario y que cada uno debe considerarse como metalenguaje requerido para el análisis estructural del otro.

Metáfora y polisemia

En esta última parte del artículo quiero considerar la metáfora dentro de los límites de mi interés presente; esto es, con respecto a la creatividad en el lenguaje y como continuación a lo que he venido exponiendo sobre la polisemia. En otras palabras, trataré la metáfora como un uso creativo de la polisemia, y en esta forma como una estrategia específica del lenguaje. En vez de reducir o eliminar la polisemia, la metáfora usa la polisemia como una forma de preservarla y hacerla "trabajar" de manera efectiva. ¿Con qué propósito? Reservamos la respuesta para el final del artículo.

El paso decisivo en la dirección a la que nos referimos ha sido indicada por autores como I.A. Richards, Max Black, Colin Turbayne, Monroe Beardsley, Douglas Berggren, y otros que se han separado de la tradición de la retórica para la cual la metáfora no conlleva información y aparece meramente como un adorno estilístico cuya función es agrandar. Ellos pudieron romper con dicha tradición porque tomaron la metáfora desde un nuevo vértice. Para la retórica tradicional, la metáfora es una de las figuras del lenguaje llamado "tropos" porque procede del uso desviado del significado de las palabras. Los tropos, por lo tanto, afectan solo los nombres y el dar nombre. En vez de dar los nombres apropiados a ciertas cosas o hechos, o experiencias, el autor escoge usar el nombre de otra cosa al extender el significado del nombre nuevo. La tarea de la retórica es la clasificación de las diferentes figuras de acuerdo con la clase de desviación que las generaba. La metáfora, tradicionalmente se clasifica como un tropo por semejanza o analogía. Este tratamiento de la metáfora ha sido caracterizado por Richards y sus seguidores como una teoría de sustitución. El factor decisivo radica en que la palabra prestada, tomada con su uso desviado, es sustituida por un nombre apropiado potencialmente el cual está ausente en el contexto pero que podría usarse en el mismo lugar. El autor opta por no usar la palabra conveniente en su sentido apropiado y la reemplaza por otra palabra que parece más agradable.

Entender la metáfora, entonces, es restituir el término que ha sido sustituido. Es fácil entender que estas dos operaciones, sustitución y restitución son equivalentes.

Por lo tanto, es posible ofrecer una paráfrasis exhaustiva a una metáfora dada. De estas presuposiciones se desprende que la metáfora no agrega ninguna información. No enseña nada. Por la misma razón, la metáfora es un mero mecanismo decorativo. No tiene valor informativo, simplemente adorna el lenguaje para complacer. Da color al lenguaje, provee un ropaje para cubrir la desnudez del uso común.

Tales son las presuposiciones implicadas en el tratamiento retórico de la metáfora. Entre el punto de partida que entiende la metáfora como un accidente

en el proceso de nombrar y la conclusión que entiende la metáfora como meramente decorativa para complacer, el camino es continuo y el punto de inflexión se constituye por la acción de sustitución: la debilidad del modelo es obvia. Es imposible dar, sobre esta base, cuenta de una mala metáfora como la "pierna de un asiento" y la de una nueva, como el verso "la tierra es azul como una naranja", o "el tiempo es un pordiosero". El aspecto de la novedad semántica el cual considero el problema fundamental de la metáfora no se explica en la teoría de la sustitución que cubre ambos casos. Aún más, dicha teoría no puede explicar el proceso mismo por el cual el significado de una palabra se extiende más allá de su uso común. Lo que Beardsley llama *torsión metafórica* se mantiene como enigma. Por esto la retórica se contenta con clasificar las figuras, sin poder generarlas.

La retórica no puede dar cuenta del proceso que genera metáforas porque limita su descripción a las palabras, más precisamente, al nombre. Como veremos, el proceso metafórico ocurre a otro nivel, a nivel de la frase, del discurso como un todo. Por esto, la retórica solo puede identificar los efectos del proceso sobre la palabra, el impacto lexical por así decirlo, y clasificar la metáfora entre otras figuras como metonimia, sinécdoque, ironía, etc.

La nueva aproximación iniciada por I.A. Richards en su *Filosofía de la Retórica* empieza aseverando que las palabras solas no pueden ser metafóricas, solo son metafóricas en el contexto de una frase. Más precisamente, solo una proposición puede ser metafórica. En términos de Richards, la metáfora debe manifestar un "tenor" y un "vehículo". Es una unidad de ambos polos. Procede de la tensión entre ambos polos. En este sentido, podemos oponer una teoría de tensión de la metáfora a la teoría de sustitución.

En este encuadre aparecen nuevas características que se habían pasado por alto y que nos permiten reconocer el carácter informativo de la metáfora como opuesta al carácter decorativo desde la retórica. Para mí, el reconocimiento de este carácter informativo es el núcleo de la discusión puesto que implica y revela la dimensión creativa de las frases metafóricas.

Este reconocimiento procede de un análisis que subraya dos características complementarias de la frase metafórica, un rasgo negativo y un rasgo positivo.

De una parte, la estrategia del discurso puesta en acción en la metáfora reside en la creación intencional de una discrepancia semántica en la frase. En una interpretación literal, la metáfora rompe. M. Beardsley dice que el procedimiento privilegiado de la metáfora es la autocontradicción. La función de la metáfora es hacer sentido sin sentido, transformar una afirmación autocontradictoria en una autocontradicción significativa. En términos más generales, podemos decir que una afirmación metafórica procede de la violación de reglas semánticas que determinan lo apropiado en la aplicación de predicados.

En términos del crítico francés, Sean Cohen, en *Structure du langage poetique*, la metáfora radica en la violación de la pertinencia semántica. Consiste en la reducción de la impertinencia semántica generada por la violación de reglas semánticas por la imposición de una desviación de otra clase a nivel de la palabra. La metáfora, de esta manera, aparece como la solución de un enigma. Lo que aparece como desviación en el significado de la palabra, como *torsión metafórica* es la contraparte positiva de la desviación inicial de la pertinencia semántica. Un uso desviado de palabras responde a la forma desviada de predicar atributos a las cosas.

Este análisis del lado negativo del proceso metafórico ya nos permite reconocer su dimensión creativa. ¿Pero qué ocurre con el carácter positivo de la metáfora? o dicho de otra manera, ¿Cómo se hace sentido con sin-sentido? Hablamos de la captación intuitiva de las semejanzas. ¿No fue Aristóteles quien dijo que "tener dominio de la metáfora es tener el ojo en las semejanzas"? Hay algo de verdadero en esta tesis. El momento creativo de la metáfora se concentra en esta captación de la semejanza, en la percepción de analogías. Pero una metafísica de la imaginación que estamos tentados a retomar de la tradición del romanticismo puede destruir los beneficios del análisis previo si se aplica sin precisión. El problema es semántico, no psicológico. ¿Cómo hacemos sentido con afirmaciones autocontradictorias? Al invocar la imaginación perdemos de vista el factor decisivo de la metáfora: la semejanza es en si misma el fruto de la metáfora. Ahora podemos ver la semejanza que antes nadie había notado. La dificultad, por lo tanto, está en entender que vemos similitudes al construirlas, que la captación visionaria de la semejanza es a su vez una intención verbal. El elemento icónico tiene por lo tanto que incluirse en el mismo proceso productivo.

Por esto, el análisis más efectivo de la metáfora concierne la construcción que acompaña la visión. Aunque sea verdad que hay algo irreductible en la captación de semejanzas como un tipo de aclaración instantánea de captación repentina, el único progreso de una epistemología de la metáfora se refiere a lo discursivo y no al proceso intuitivo de la creación de significado.

El caso de la metáfora trivial es el más fácil de tratar. Metáforas como "el hombre es un lobo", proceden de una clase de predicación en la que algunos de los valores connotativos adheridos a nuestras palabras se aplican en una nueva forma al tema principal. Por valores connotativos queremos decir con Max Black, "el sistema de lugares comunes asociados" que agranda el significado de nuestras palabras, agregándole dimensiones culturales y emocionales al valor literal codificado por nuestros diccionarios. Por supuesto no hay metáforas en el léxico pero más allá del *lexicon* hay lo que Aristóteles llamó *topoi*, el tesoro cultural de los significados. El arte de la metáfora aplica parte de este tesoro a temas nuevos, lo usa como filtro que no solo selecciona sino que hace aparecer nuevos aspectos en el tema principal. De esta forma hasta las metáforas triviales tienen valor informativo.

El caso de la metáfora viva es más difícil de tratar. La solución al enigma aparecido por la tensión o el choque semántico sobre el que se construye la metáfora ya no recae en la existencia de un sistema previo de lugares comunes asociados, en una escala de valores connotativos que ya estuviesen a nuestra disposición. La metáfora viva crea una nueva situación semántica. Ya no podemos hablar de un significado connotativo a la espera de nuestro uso. Podemos solo hablar de propiedades que aún no han sido llevadas al lenguaje. Aquí radica principalmente la diferencia entre una metáfora "muerta" y una "viva". No sólo aplicamos connotaciones ya existentes, sino que creamos un nuevo marco de connotación que existe solo en el acto de predicación. En otras palabras, una metáfora viva no meramente actualiza una connotación potencial, la crea. Es una innovación semántica, un significado emergente. De estas metáforas podemos ver que ninguna parafrasis las puede agotar. Son intraducibles. Dicen lo que dicen y lo que dicen no puede decirse de otra manera.

Estamos ahora lo más lejos posible de la interpretación ornamental con la que empezamos.

De este análisis se deriva el rol de la semejanza en la construcción de buenas metáforas. Hay algo de paradójico y de circular en la manera como se produce una buena metáfora. Semejanza es la guía del proceso que la construye como semejanza. La metáfora es un proceso unitivo que produce una clase de asimilación entre ideas remotas. Como tal es el objetivo de la clase de intuición a la que Aristóteles se refería cuando dijo que "lo más grande es el uso de la metáfora que por sí sola no puede aprenderse. Es el toque de genialidad, puesto que el uso correcto de metáforas significa un 'ojo' por lo parecido". Pero al mismo tiempo, esta asimilación entre ideas remotas, es un proceso discursivo que expresamos con nuevas metáforas como el de un filtro por el cual designamos la forma en que el predicado selecciona y organiza algunas características del tema principal.

Esta paradoja no es una paradoja psicológica, como la que descubre la psicología de la Gestalt bajo el título de intuición cuando muestra que cada cambio en la estructura, cada transición de una estructura a otra, ocurre como una intuición repentina en la cual la nueva estructura emerge del colapso de una previa. Esta paradoja es semántica, una paradoja referida a la recolocación de predicados. Nelson Goodman describe la metáfora como la "reasignación de una etiqueta" y dice que esta reasignación toma la forma de un *affaire* entre un predicado que tiene un pasaje y un objeto que se rinde mientras protesta. Esta paradoja de protestar y consentir es otra metáfora sobre la metáfora. Habla de la paradoja entre intuición y construcción, entre genialidad y cálculo.

Más aún, esta es una paradoja lógica. Con esto quiero decir que la paradoja no solo es entre la intuición y la construcción sino sobre la esencia de la semejanza como relación. Semejanza es en sí misma una relación compuesta que correla-

cional igualdad y diferencia. Ver igualdad en la diferencia es la genialidad de la metáfora. No fue por accidente que Aristóteles habla de lo "similar" como "lo mismo" percibido en cosas que están remotas. Semejanza es la palabra clave de la metáfora porque en la metáfora, igualdad y diferencia no sólo se mezclan, sino que permanecen en oposición. La tensión no solo es entre "tenor" y "vehículo", entre foco y marco sino en la relación en sí misma, en la cópula. En la metáfora, la igualdad funciona a pesar de la diferencia. Esta característica específica explica la familiaridad entre metáfora y acertijo.

Este rasgo conspicuo ha sido visto de una manera u otra por varios autores. Herschberger habla de una "semejanza de cosas diferentes capaz de reconciliar opuestos y conteniendo una tensión". Berggren ve la metáfora como "el principio indispensable para integrar diversos fenómenos sin sacrificar la diversidad". En *El mito de la metáfora*, Turbayne compara correctamente lo que pasa en la metáfora con lo que G. Ryle llama una "category-mistake", esto es, la malcolocación de nombres y de predicados. En vez de dar el nombre de la especie al género, o del género a la especie, o de la especie a otra especie; la metáfora meramente borra las fronteras conceptuales de los términos considerados. ¿No podríamos decir que la dinámica de la metáfora consiste en confundir las fronteras lógicas establecidas para detectar nuevas semejanzas que la categorización anterior no nos permite notar? En otras palabras, el poder de la metáfora consiste en romper, en cruzar las categorizaciones previas y establecer nuevas fronteras lógicas sobre las ruinas de las anteriores. Si tomamos esta frase seriamente, quisiéramos sacar la última consecuencia y decir que la dinámica del pensamiento que atraviesa la categorización anterior, es la misma que genera todas las clasificaciones. En otras palabras, la figura del lenguaje que clasificamos como metáfora estaría en el origen de todos los campos semánticos, puesto que para contemplar lo semejante o lo idéntico — y ahora sabemos que lo similar también es lo idéntico— es tomar el género, pero no todavía como género, captar lo mismo "en la diferencia y no "arriba" ni al "lado". Reconocer la cercanía en un campo semántico es el trabajo del proceso metafórico. Podemos ahora hablar de proceso metafórico en forma tan general porque la llamada metáfora, la metáfora como tropo o como figura como se la define para la retórica, presenta el mismo proceso pero bajo la estructura paradójica de igualdad a pesar de la diferencia. Por eso podemos decir desde la semejanza con la metáfora, lo que decimos del género cuando es aprehendido por el pensamiento lógico. Podemos decir que aprendemos de ella, que la metáfora nos enseña algo. Aristóteles, una vez más, observa que es desde la metáfora donde podemos aprehender algo fresco porque "cuando Homero llama a la vejez, rastrojo nos enseña e informa a través del género (*genus*) puesto que ambos han perdido su florecimiento".

Estos comentarios nos permiten hacerle justicia a los elementos icónicos de la metáfora. Este factor cuidadosamente ha sido dejado de lado porque introduce consideraciones psicológicas lejos de una explicación lingüística o semán-

tica. ¿Pero, es lo pictórico, lo figurativo tan obviamente extraño a una consideración semántica? Una vez más, sigamos el análisis previo de la estructura paradójica de la semejanza esto es, el conflicto interno entre igualdad y diferencia en el proceso metafórico. ¿La imaginación no tiene nada que ver con este conflicto? Un viejo conflicto, producto de Hume que considera la imagen como residuo de una impresión, nos prohíbe dar una pura descripción semántica de la imaginación y lo imaginario. Conducidos equívocamente por este camino miramos la imagen en conexión con los campos sensibles —vista, oído, tacto, etc.— Pero si seguimos a Kant mejor que a Hume, quiero decir a su teoría del esquematismo y la de la imaginación productiva, debemos mirar la imaginación como el sitio donde nacen los significados y las categorías, más que un lugar de impresiones borrosas.

De modo similar, debemos decir que lo icónico en la metáfora es nada menos que la captación de la semejanza en forma preconceptual. En términos populares, el pensamiento figurativo es la presentación de ideas abstractas y su apariencia concreta. ¿Pero qué es una presentación concreta de una idea abstracta, sino el aprendizaje y enseñanza de un género gracias al juego entre la identidad y la diferencia? A mi gusto se necesita urgentemente una filosofía de la imaginación. ¿No podemos decir, anticipándonos, que la imaginación es el “surqimiento” de significados conceptuales por el juego entre la identidad y la diferencia? La metáfora sería el sitio en el discurso en el que se puede detectar esta “emergencia” porque la identidad y la diferencia entran en conflicto. Si la metáfora puede tratarse como una figura del lenguaje, es porque desbordadamente presenta en forma de conflicto entre la identidad y la diferencia, el proceso que está recubierto en la construcción de todos los campos semánticos, esto es, lo familiar que une a los individuos bajo la regla de una clase lógica. La metáfora nos ayuda a detectar ese proceso porque trabaja en contra de categorizaciones previas a nivel retórico. Sagazmente sobrepasa las categorías dadas para revelar semejanzas no reconciliadas en nuestro campo de experiencia.

Relacionaremos ahora este análisis con nuestro análisis previo de la polisemia. Es esencial a la estructura de la metáfora que lo viejo y lo nuevo estén juntos presentes en la *torsión metafórica*. La clase de tensión que descubrimos a nivel de la frase y aún en la cópula misma, ahora reside en las palabras mismas. Cuando recibimos una afirmación metafórica como significativa, percibimos tanto el significado literal, que es limitado por la incongruencia semántica y por el nuevo significado que hace sentido en el contexto presente. La metáfora es un caso claro donde se preserva la polisemia en vez de filtrarse. Dos líneas de interpretación se abren al mismo tiempo y se permiten varias lecturas puestas en tensión. Este efecto se ha comparado como visión estereoscópica. Varias capas de significado se reconocen y se reorganizan en la densidad del texto.

Esta primera relación entre metáfora y polisemia no es la única. La hemos tratado como un fenómeno sincrónico, pero también lo es diacrónico. Si consideramos la larga historia de la metáfora, podremos decir que pasa de un estado de novedad a uno de metáfora borrosa o muerta. En el primer estado la metáfora no pertenece al léxico. Existe solo en el discurso, en la instancia presente y actual del discurso. Pero tan pronto es recibida por la comunidad lingüística tiende a ser usada de la misma manera que los significados literales ya clasificados por los diccionarios. En el estado final, cuando ya no se percibe la tensión entre sentido literal y metafórico, podemos decir que el sentido metafórico se hace parte del sentido literal. Entonces, simplemente es un agregado a la polisemia previa de la palabra. En esta forma podemos decir que la metáfora es el procedimiento por el cual se extiende la polisemia.

De esta manera llegamos a la siguiente hipótesis: ¿Si la metáfora extiende la polisemia, no es la polisemia el resultado de una metáfora previa? Pero entonces la metáfora no sería un mecanismo retórico, no sería un tropo, sino que designaría el proceso general por el cual se aprehende la familiaridad. Se rompe la distancia entre ideas remotas y se construyen semejanzas desde la diferencia.

Podemos ahora responder la pregunta decisiva. ¿Cuál es la función de la metáfora? Esta pregunta nos remite a la estrategia subrayada en el uso de la metáfora. Si el lenguaje ordinario apunta a la comunicación al reducir sagazmente la ambigüedad y el lenguaje científico apunta a la univocidad en la argumentación al eliminar la polisemia, ¿cuál es la finalidad del lenguaje metafórico? Nuestro concepto de semejanza como tensión entre identidad y diferencia implica que el discurso que usa la metáfora tiene el extraordinario poder de redescibir la realidad. Esta es, creo yo, la función referencial de las afirmaciones metafóricas.

Esta función heurística de la metáfora aparece claramente cuando unimos metáforas y modelos como lo hace Max Black en *Modelos y metáforas* y Mary Hesse en *Modelos y analogías en la ciencia*. La función de un modelo es describir una cosa desconocida o menos conocida en términos de algo mejor conocido gracias a la semejanza en la estructura. Dos cosas deben considerarse en un modelo. De una parte es ficción, esta es una forma de hacer un objeto más fácilmente manejable. De otra parte, esa ficción es una ficción neurística en tanto que podemos transferir la descripción del objeto mejor conocido al campo de lo que está por describirse con base en un isomorfismo parcial.

Este concepto de ficción heurística puede entenderse desde la teoría de modelos en ciencia a la teoría poética. En su *Poética*, Aristóteles sentó el camino para la generalización de la metáfora concebida como ficción heurística al unir la metáfora como rasgo retórico a la operación principal de la poesía que es la construcción de *mythos* de intrigas, de fábulas. La invención de una fábula en la tragedia es el acto creativo "por excelencia" de la poesía. Este acto creativo da el

título a su obra: *Poética*, esto es, ficción creativa. Por lo tanto, si decimos que la función de la poesía es imitar a la naturaleza, no debemos olvidar que esta "mimesis" no es copia de la realidad, sino redescrípción a la luz de la ficción heurística. Gracias a la tragedia podemos ver a los seres humanos de maneras nuevas porque la acción humana se redescríbe como más grande, más noble que en la vida actual. Gracias a esta mostración de la profundidad de la estructura de la vida humana a través de la poesía, podemos decir una vez más con Aristóteles que la poesía está más cerca de la filosofía que de la historia. La historia permanece agarrada por la anécdota, la poesía llega a la esencia de las cosas.

Lo que acabamos de decir sobre la tragedia, lo que debe decirse sobre la narrativa, puede también decirse de la lírica aunque a primera vista la poesía lírica no tiene referencia. El lenguaje constituye un mundo en sí mismo. En términos de Jakobson, la dimensión poética del lenguaje enfatiza el mensaje como tal a expensas de la referencia al contexto. Sonido y sentido tienden a conformar un objeto compacto, una totalidad cerrada. Pero si es verdad que la poesía lírica suspende toda referencia dialéctica y aún elimina el mundo, ¿no podemos decir que esta *epoché* de la referencia en términos de las descripciones ya dadas por el lenguaje ordinario es la condición negativa para el descubrimiento de nuevos aspectos de la realidad que no podrían decirse de manera más directa? Si esto es verdad, podemos decir que el lenguaje poético tiene una función poética en tanto que es una ficción heurística preparando una redescrípción de la realidad. Si es verdad que la poesía no da información en términos de conocimiento empírico, si puede cambiar la forma en que vemos las cosas, un cambio que no es menos real que el conocimiento empírico. Lo que cambia con el lenguaje poético es la forma de habitar en el mundo. De la poesía recibimos una nueva forma de ser en el mundo, de orientarnos en este mundo. Aún si decimos con Northrop Frye que el discurso poético da articulación únicamente a nuestros modos de sentirnos en el mundo, (*moods*) también es cierto que nuestros "modos" y nuestros sentimientos tienen un arraigo ontológico. A través de los sentimientos nos encontramos ya en el mundo. De esta manera al articular nuestros modos de sentirnos en el mundo, cada poema proyecta una nueva manera de habitarlo. Nos abre nuevas formas de ser.

Si este análisis es sensato, debemos decir que la metáfora no solo resquebraja las estructuras previas de nuestro lenguaje, sino también las estructuras previas de lo que llamamos realidad. Cuando preguntamos si el lenguaje metafórico alcanza la realidad, presuponemos que ya sabemos lo que es la realidad. Pero si asumimos que la metáfora redescríbe la realidad, debemos, entonces, asumir que esta realidad redescríta es en sí misma una realidad nueva. Mi conclusión es que la estrategia del discurso implicado en el lenguaje metafórico no es mejorar la comunicación ni asegurar la univocidad en la argumentación sino quebrar y aumentar nuestro sentido de la realidad al quebrantar y aumen-

tar nuestro lenguaje. La estrategia de la metáfora es ficción heurística con el fin de redescubrir la realidad. Con la metáfora experimentamos la metamorfosis del lenguaje y de la realidad.

